

¿CÓMO SE PUEDE NO SER CONSTRUCTIVISTA HOY EN DÍA?

Tomás Ibáñez

Universitat Autònoma de Barcelona

This article contrasts the positivist epistemology of modern thought with the social constructivism of postmodern thought. It makes a thorough analysis of the four myths on which positivist epistemology has its basis: the myth of knowledge as representation, the myth of the object, the myth of reality and the myth of truth. It concludes suggesting applications of the new constructivist epistemology for psychology.

1. EL LEGADO DE LA MODERNIDAD

Hace unos cuantos meses, cuando comuniqué el título de esta conferencia a los organizadores del Congreso le daba cierta entonación de perplejidad y asombro. Para mí, la interrogación ¿cómo se puede *no* ser constructivista hoy en día? encerraba la misma carga de estupefacción que si hubiera preguntado: ¿cómo se puede *no* creer hoy en día que la Tierra gira en torno al Sol? Sin embargo, a medida que fui dándole vueltas al tema, el tono fue cambiando poco a poco. Y es que, lo que de verdad es asombroso es que se pueda *no* ser constructivista o construccionista hoy en día sino que algunos seamos constructivistas. Todo predispone, en efecto, a no serlo, y quienes *no* son constructivistas lo tienen en realidad muy fácil. Basta con dejarse llevar por la corriente, basta con no ser críticos respecto de algunas de las evidencias mejor arraigadas en nuestra cultura, basta con dar por buenos los postulados básicos de la Modernidad.

Bien, constructivistas o no, todos los que nos movemos en el campo de la psicología, sea cual sea nuestra especialidad, estamos confrontados con determinadas realidades psicológicas y, eventualmente, con el reto profesional de intervenir sobre esas realidades para intentar producir, deliberadamente, ciertos efectos. Para ello es necesario, claro está, disponer de un buen conocimiento de la realidad psicológica que solicita nuestra atención.

Realidad-Conocimiento: dos palabras, que son a mi entender, absolutamente claves. ¿Pero, en qué consiste la *realidad*? ¿en qué consiste su *conocimiento*?

Aquí es precisamente donde las respuestas de los construccionistas y de los que no lo son divergen considerablemente. Para articular su respuesta los no construccionistas echan mano de la “ideología de la representación” que baña toda la Modernidad. Esta ideología alimenta, a su vez, cuatro potentes mitos de los que me gustaría hablar aquí. Se trata de:

- el mito del *conocimiento* válido como *representación correcta* y fiable de la realidad,
- el mito del *objeto* como elemento constitutivo del mundo,
- el mito de la *realidad* como entidad *independiente* de nosotros, y
- el mito de la *verdad* como criterio decisorio.

Estos cuatro mitos forman habitualmente síndrome. Están interconectados y bloquean, de forma decisiva la posibilidad misma de adoptar un punto de vista construccionista.

Abandonar estos mitos resulta extraordinariamente costoso. Piénsese, por ejemplo, lo difícil que nos ha resultado abandonar el pesado *legado cartesiano* que diferenciaba “clara y distintamente” dos mundos, el “mundo interior” y el “mundo exterior”, y que, a partir de esta dicotomía radical entre interior/exterior, ubicaba en el seno del espacio interior un conjunto de entidades mentales, o psicológicas, tales como los pensamientos, las creencias, los deseos, los sentimientos, las intenciones, etc. Descartes nos ponía de esta forma en el aprieto de tener que explicar la manera en que esas entidades habían sido engendradas en el ámbito del espacio interior. Es decir, en nuestra mente y nuestra psique. O bien la forma en que habían conseguido penetrar desde fuera en ese espacio y asentarse en él, colonizando nuestra cabeza. El aprieto era tan incómodo que para intentar salir de él sin cuestionar, por supuesto, la dicotomía cartesiana se llegó incluso a formular posturas tan sumamente desafortunadas como son el Conductismo y el Mentalismo.

Hoy, por suerte, son cada vez más numerosos quienes dan la espalda al legado cartesiano, y quienes sostienen que las llamadas “entidades mentales” ni *nacen* dentro de nuestra cabeza, ni tampoco se introducen en ella mediante nuestra experiencia conductual; sino que radican y se fraguan en el tejido relacional, en el espacio de vida, en el entramado social, en el magma simbólico, que construye literalmente eso que llamamos “los individuos”, a la vez que es construido por estos. Se asume, en otras palabras, que lo que llamamos entidades mentales pertenecen a la *discursividad* que baña, y de la que está hecho en parte, todo ser social. Cuando se rechaza la dicotomía interior/exterior, la “realidad psicológica” se presenta, claro está, bajo otras características y se abren nuevas perspectivas para su investigación.

Pues bien, si no fue nada fácil desprendernos de la herencia cartesiana (nos ha costado varios siglos conseguirlo y, por lo que leemos en las revistas de psicología, vemos que aún quedan algunos colegas que no lo han conseguido), parece que aún

resulte más difícil deshacernos del legado ideológico de la Modernidad. Es decir, del legado que la "Ilustración" contribuyó a forjar tan eficazmente, y que sirve como *dispositivo ideológico* para legitimar cierta concepción de la Racionalidad Científica. Este dispositivo alimenta todas las concepciones "*representacionistas*" del conocimiento científico, desde el más trasnochado de los positivismos hasta las formas más recientes de realismo. La "Ilustración" contribuyó decisivamente a hacer que la Razón Científica tomara la forma de una potente "*Retórica de la Verdad*" con todos los efectos de poder social y de exigencias de sumisión que acompañan siempre a cualquier Retórica de la Verdad.

El procedimiento utilizado para situar a la Razón Científica como la Retórica de la Verdad propia de la Modernidad fue de una simplicidad asombrosa. Consistió simplemente en hacernos creer que no somos *nosotros*, con todas nuestras limitaciones, quienes construimos el *criterio de validez* de los conocimientos científicos mediante un conjunto de prácticas sociales que son necesariamente históricas y contingentes, por eso mismo de que son precisamente "nuestras". Se nos hizo creer que el criterio que define al conocimiento válido, es decir científico, es independiente de nosotros; nos trasciende literalmente y escapa a lo que podamos opinar o creer acerca de él. Para ello era preciso arrancar ese criterio fuera de la esfera de lo que es "simplemente humano" y situarlo en otro lugar, en un lugar que fuese inmune a nuestras cambiantes apreciaciones, y el mejor de todos los lugares posibles no era sino *la propia "realidad"*. De esta forma no éramos "nosotros" sino que era la realidad *ella-misma* quien se encargaba de decirnos si lo que afirmábamos a cerca de ella era acertado o no lo era. Podíamos inventar, por supuesto, las descripciones, las explicaciones y las teorías que nos viniesen en gana, pero era *el tribunal de los hechos* quien debía dictaminar en última instancia, y era la propia realidad quien debía decir si habíamos atinado o si habíamos errado. Se nos ha hecho creer, y lo hemos creído, que si un conocimiento científico es correcto, lo es precisamente porque es *tolerado* por la realidad, porque ésta no lo desmiente, porque se *corresponde* con ella y la *representa* convenientemente. Por supuesto, siempre se puede buscar una correspondencia más fina, más precisa, y en ello radica, según nos dicen, el progreso científico, pero si bien somos dueños de las preguntas que podemos formular a la realidad y somos también responsables de la elaboración de las respuestas, tan sólo *la propia realidad* tiene en su mano la decisión última en cuanto a la aceptabilidad de esas respuestas.

Comulgar con esa concepción nos conduce a admitir, por ejemplo, que el átomo nos obliga a hablar de él de tal o cual manera, y lo mismo pasa con la motivación de logro o con las representaciones sociales o con la esquizofrenia. A partir del momento en que aceptemos que es la realidad quien dicta los discursos sobre la realidad y quien selecciona los que son adecuados, es obvio que debemos renunciar a una perspectiva plenamente construccionista.

2. EL MITO DE LA REPRESENTACIÓN

Sin embargo, quienes afirman con total tranquilidad, que el conocimiento científico es válido en la medida en que *refleja, se adecua, o se corresponde* con la realidad, quienes pretenden que el conocimiento científico nos dice con cierta precisión cómo es la realidad, están profiriendo una enorme barbaridad lógica. Porque resulta que para saber si dos cosas se corresponden, hay que *compararlas*, y para compararlas hay que acceder a cada una de ellas *con independencia de la otra* ¿cómo accedemos a la realidad con la independencia del conocimiento que tenemos de ella para poder compararla así con ese conocimiento? Nadie, por supuesto, ha sabido decirlo, y sin embargo, por curioso que parezca, la concepción *representacionista* del conocimiento sigue predominando ampliamente en nuestra cultura.

Quizás, como creen los *representacionista* siguiendo a Galileo, sea cierto que el *gran libro de la naturaleza* está ampliamente abierto ante nuestros ojos y que este libro esté incluso escrito con el lenguaje de las matemáticas, ¡no importa lo más mínimo, porque nunca podremos leerlo! Siempre deberemos recurrir a una traducción *hecha por nosotros mismos*, sin que nunca nos sea dado poder cotejarla con el original para comprobar su fidelidad. ¿Pero entonces, qué sentido tiene hablar de traducción? Cualquier traducción requiere un original ¿qué es lo que estamos traduciendo si no tenemos acceso al original? Cuando elaboramos un conocimiento no estamos *representando* algo que estaría *ahí fuera* en la realidad, como tampoco estamos *traduciendo* esos objetos exteriores en ecuaciones y en enunciados, *estamos construyendo de par en par un objeto original que no traduce nada y que no representa ningún trozo de realidad con el cual estaría en correspondencia*. Pensar lo contrario exigiría que demos por buenas ideas tan absurdas como que se puede traducir un texto del que no se dispone, o como que se puede representar algo que se desconoce por completo.

Abandonar la creencia de que el conocimiento válido, o adecuado, es adecuado precisamente porque *representa* correctamente aquello sobre lo cual versa, es un paso obligado para desembocar sobre una perspectiva construccionista. Este paso conduce a situar el conocimiento científico como conocimiento simplemente *relativo*, aunque sólo sea un término de *relativismo conceptual*. El conocimiento científico recurre a conceptos y a categorías que son estrictamente *convencionales*, es decir que no representan a nada sino es porque nosotros hemos *decidido* que representan a algo. Nada puede *representar* a otra cosa si no es mediante una decisión puramente convencional. Por decirlo de otra forma, el “original” es su propia representación, si es que nos empeñamos en hablar de representación, y cualquier otra cosa que pretendiera representarlo de forma no convencional debería ser absolutamente idéntico con él mismo, con lo cual ya no sería, obviamente, otra cosa y no tendría sentido hablar de representación.

3. EL MITO DEL OBJETO

Quienes participan, y son muchos, de la concepción representacionista del conocimiento, creen que el secreto de la relación privilegiada que el conocimiento científico establece con la realidad se encuentra en ese conjunto de procedimientos (llamado “el método científico”) que los científicos utilizan para alcanzar la objetividad. Es decir, para impedir que las condiciones de producción del conocimiento queden inscritas en éste, lo determinen o lo contaminen. La *objetividad* implica, entre otros elementos fundamentales, que se neutralice cualquier influencia del *sujeto* productor de conocimientos sobre los conocimientos producidos. Se postula de esta manera una estricta separación, una dicotomía radical entre sujeto y objeto que aparecen, por lo tanto, como los dos polos pre-establecidos, pre-existentes, necesarios ambos a la generación del conocimiento, pero siempre que no se mezclen y se confundan. La estricta dicotomía sujeto-objeto, garantía de la *objetividad*, conduce a *autonomizar el producto*, es decir tal o cual conocimiento científico, *de sus condiciones particulares de producción*. El conocimiento científico aparece plenamente de esta manera como un “proceso sin sujeto”. Esta separación radical entre el producto y el proceso que lo produce no deja de evocar el mito religioso de la “*Inmaculada Concepción*”, pero aplicado esta vez, al ámbito del quehacer científico, y defendido, curiosamente, por quienes más se precian de ser rigurosamente científicos.

Está claro que el mito de la *objetividad* y de la posibilidad misma de una separación radical entre sujeto y objeto, tornan muy problemática la adopción de un punto de vista construccionista.

El construccionismo disuelve la dicotomía sujeto/objeto afirmando que ninguna de estas dos entidades existe propiamente con independencia de la otra, y que no ha lugar a pensarlas como entidades separadas, cuestionando así el propio concepto de objetividad.

De hecho, el construccionismo se presenta como una postura fuertemente *des-reificante, des-naturalizante, y des-esencializante*, que *radicaliza* al máximo tanto *la naturaleza social de nuestro mundo, como la historicidad de nuestras prácticas y de nuestra existencia*. Desde esta perspectiva, el *sujeto*, el *objeto* y el *conocimiento*, se agotan plenamente en su existencia sin remitir a ninguna esencia de la que dicha existencia construiría una manifestación particular, como tampoco remiten a ninguna estabilidad subyacente de la que constituirían una simple *expresión* particular. En definitiva, el carácter literalmente *construido* del *sujeto*, del *objeto* y del *conocimiento* arranca estas entidades fuera de un supuesto mundo de *objetos naturales* que vendrían dados de una vez por todas.

Está claro, que si el objeto se agota plenamente en su existencia y si requiere un sujeto para poder existir, entonces la existencia del objeto implica, en el sentido más fuerte de la palabra, la presencia del sujeto, sin que tenga el menor sentido hablar de su separabilidad.

Cuidado, no es que el construccionismo pretenda excluir el uso de palabras como sujeto y objeto, cuya utilidad práctica es evidente, se trata simplemente de alterar su contenido conceptual y las implicaciones de su uso.

A parte de la dicotomía sujeto/objeto, la creencia en la *objetividad* implica también algo que nos interesa aquí de manera muy directa. La *objetividad* requiere en efecto que haya *un objeto*, que aquello sobre lo cual elaboramos conocimientos objetivos exista con independencia del conocimiento elaborado, que la realidad investigada exista previamente a su investigación y que no se modifique por causa de las operaciones que articulamos para producir conocimiento.

De alguna forma, la creencia en la objetividad conlleva una profesión de fe “realista” muy cercana al realismo de sentido común. Ese realismo de sentido común que impregna con una tremenda fuerza nuestra forma de pensar, nos hace dar por sentado que los objetos que conocemos *son como son* con independencia de nuestras propias características en tanto que sujetos y con independencia del conocimiento que forjamos sobre ellos. Aquí también parece claro que para desarrollar una postura razonablemente construccionista, es imprescindible aceptar la idea de que no existen *objetos naturales*, de que los objetos *son como son* porque nosotros *somos como somos*, los *hacemos*, tanto como ellos nos hacen, y por lo tanto, ni hay objetos independientes de nosotros, ni nosotros somos independientes de ellos. Frente al mito del objeto no podemos dejar de insistir sobre el hecho de que el propio concepto de “objeto” es convencional, y depende de lo que decidimos definir como un “objeto”. Esto significa que ningún objeto existe como tal en la realidad. Lo que tomamos por “objetos naturales” no son más que *objetivaciones* que resultan de un conjunto de prácticas que los instituyen como tales mediante un juego de convenciones.

Con cierta frecuencia se alude a los “*descubrimientos*” realizados por investigación científica para defender la creencia de que existen objetos “naturales” pre-existentes a cualquier conocimiento que alcancemos a cerca de ellos e independientes de que los descubramos o no. Se nos dice que es porque el microbio de la rabia existía efectivamente por lo que Pasteur pudo descubrirlo. Se nos dice que existía antes de su descubrimiento y que hubiera seguido existiendo igualmente aunque ni Pasteur ni nadie lo hubiese descubierto. Aceptar este planteamiento es olvidar que los “hechos” científicos están *hechos* en el sentido más pleno del verbo *hacer*. Por decirlo de manera un tanto provocativa, en ciencia “el Ser” *no antecede* al “conocimiento del Ser”, los hechos no anteceden a su investigación sino que *resultan* de dicha investigación. El investigador no “descubre” nada, no saca a la luz del día algo que estaba escondido antes de que él consiguiera verlo. Lo que hace cualquier investigador es *construir* algo que tan solo se transformará en un auténtico “hecho científico” *después* de que intervenga un complicado proceso al que concurren múltiples *redes sociales*, conjuntos de *convenciones*, entramados de *relaciones de poder*, series de *procedimientos retóricos*, y es todo esto lo que

acabará por transformar eventualmente en un “hecho científico” tal o cual construcción realizada por tal o cual investigador. Claro que una vez que un hecho científico ha sido instituido como tal a través de ese largo *proceso social*, acaba siempre por autonomizarse del proceso que lo ha creado y se presenta como “algo” que siempre estuvo “ahí”, esperando pacientemente que “alguien” lo descubriese.

4. EL MITO DE LA REALIDAD INDEPENDIENTE

¿Pero si no hay, propiamente hablando, “objetos” en la realidad, entonces que es lo que hay? Con ánimo de ser provocativo me gustaría contestar que no hay sencillamente *nada*, pero para evitar crear malentendidos, me limitaré a decir que sólo hay *lo que ponemos en ella*. Pero cuidado, esto no significa que podamos poner en ella cualquier cosa que se nos antoje arbitrariamente, significa simplemente que la realidad no existe con independencia de las prácticas mediante las cuales la objetivamos y, con ello, la construimos. La realidad es siempre “realidad-para-nosotros”, “realidad-desde-nuestra perspectiva”. Cualquier otra cosa que pueda ser la realidad forma parte del universo de lo “no-pensable”, no digo de lo “especulativo”, o de lo “fantasioso”, sino literalmente de lo “no-pensable”.

Por supuesto, cuando se afirma que *la realidad no existe* a no ser como resultante de nuestras prácticas de construcción de la realidad y de todas aquellas características propias (biológicas, sociales, etc...) que conforman precisamente “nuestra perspectiva”, se corre el riesgo de ser tildado de “idealista” y de “solipsista”. ¿Acaso no existen los árboles? ¿Acaso no existen los rayos y truenos? ¿Acaso el trueno no resuena en los cielos aunque yo sea sordo? ¿Acaso no hay por ahí paranoicos y depresivos?

Está claro que todo esto existe, con total independencia de lo que pueda pensar, decir, o desear cualquiera de nosotros *individualmente* considerado. Sin embargo todo esto existe porque lo hemos construido como tal, colectivamente, a través de un largo proceso histórico íntimamente relacionado con nuestras características en tanto que seres humanos. Es lo que nosotros *somos*, en los diversos planos que nos constituyen (el biológico, el físico, el social, etc...), junto con lo que *hacemos* (lo que hemos hecho a lo largo de la Historia), lo que hace que la realidad exista en la forma que existe efectivamente. La afirmación de que *la realidad no existe con independencia de nosotros* puede ilustrarse fácilmente:

Todos sabemos hace tiempo que los colores no existen en la naturaleza, y que somos nosotros quienes los construimos en nuestra cabeza por razones estrictamente imputables a nuestra peculiar conformación sensorial. Es claro que si nuestra estructura sensorial fuese de otro tipo, ni la nieve sería blanca, ni el mar sería azul. Entonces, ¿cómo es “en realidad” la nieve? ¿Cómo es, con independencia de la forma en que la vemos y la conocemos? La pregunta no tiene respuesta posible, y sin embargo la afirmación de que “la nieve es blanca”, constituye sin duda una afirmación verdadera. Pero no porque esta afirmación *se corresponda con la*

realidad, sino porqué *lo que somos* hace que sea verdadera (“lo que somos”, y habría que añadir para mayor precisión: “y las convenciones que hemos creado”).

También sabemos que los sonidos no existen en la realidad, sólo existen como producto de determinados aparatos auditivos, y sin embargo es cierto que los rayos se siguen para nosotros de un trueno y que hay truenos más fuertes que otros.

Hasta aquí parece que sólo estemos hablando de la vieja cuestión de las cualidades sensibles secundarias, pero ¿verdad que si en lugar de tener el tamaño que tenemos sólo tuviéramos el tamaño de un átomo sin que ninguna otra cosa cambiase tampoco los árboles existirían? Algo diferente existiría en su lugar, y así sucesivamente...

Bien, quiero insistir sobre el hecho de que al afirmar que la realidad no existe independientemente de nosotros, o lo que es lo mismo, que sólo hay en la realidad lo que nosotros ponemos en ella, no se está sugiriendo que podemos conformar la realidad a nuestro antojo y poner en ella lo que nos venga en gana. Lo que “somos”, social, biológica y físicamente constriñe decisivamente el modo en que podemos *construir la realidad*, pero desde luego, es innegable que ésta no viene dada sino que la construimos. Hay que abandonar el criterio de una realidad independiente si se quiere entrar en una perspectiva constructorista, y esto al parecer no es cosa fácil para quienes han conformado sus creencias en el marco hegemónico de la Modernidad.

5. EL MITO DE LA VERDAD

Es bien conocido que la Modernidad ha conferido a la Razón Científica la facultad de decir lo que es verdadero y lo que no lo es. Antes, eran otras entidades, otros dispositivos, quienes regulaban el régimen de la Verdad en el seno de la sociedad. Pero a través de las múltiples variaciones que ha conocido el criterio de la verdad, hay algo que se ha mantenido constante a lo largo de la historia porque en ello radica precisamente el sentido mismo de la verdad: *su carácter absoluto y trascendente*.

En efecto, la verdad no puede en modo alguno ser *relativa* a circunstancias o consideraciones particulares. Si algo es verdadero *lo es y punto*, porque si empezamos a decir que tan sólo es verdadero desde tal perspectiva, o para tal comunidad, o momentáneamente, entonces estamos diciendo que no es *del todo verdadero*, que no es *verdaderamente verdadero*, sino que tan solo se considera como tal en circunstancias especificables y desde puntos de vista particulares. En otras palabras, la verdad no puede estar supeditada a nuestros deseos, creencias, decisiones, y características, debe ser universal y absoluta, debe trascender el carácter necesariamente cambiante y contingente de la subjetividad humana y de la intersubjetividad que la nutre. Para ello, la única solución consiste en ubicar el criterio de la verdad fuera de la historia, fuera de la cultura, fuera de la sociedad, fuera del mundo de las prácticas y de las producciones simplemente humanas, es decir, en definitiva, fuera

de lo que es contingente y variable. Si la verdad dependiera de nosotros, dejaría inmediatamente de ser *verdadera* y perdería toda capacidad para desempeñar las funciones reguladoras que tiene asignadas y que no son otras que las de producir el consenso y la sumisión sin necesidad de recurrir a la fuerza.

Está claro que a partir del momento en que asumimos la creencia en la verdad, estamos afirmando que *ésta no depende de nosotros*, y estamos declarando por lo tanto que existe una instancia no humana que la establece y la regula, llámese a esta instancia Dios, la Realidad, la Ciencia, o las Leyes del Universo.

Por muy atractiva que nos parezca la concepción construccionista difícilmente podremos asumirla, mientras sigamos participando de la creencia en la verdad. En efecto, esta creencia nos obliga a admitir que existe por lo menos algo que no es obra nuestra, algo que no construimos, algo tan importante como es el propio criterio que establece la validez de nuestros conocimientos.

Para poder desarrollar una perspectiva plenamente construccionista, es indispensable romper radicalmente con la creencia en la verdad. Los criterios de la verdad son obra nuestra, y por lo tanto son tan contingentes y tan relativos a nuestras cambiantes prácticas como cualquier otra cosa que resulte de nuestro quehacer, *no hay por lo tanto nada que sea verdad en el sentido estricto de la palabra*.

Pero entonces, dirán ustedes, tampoco el construccionismo es verdadero, o más verdadero que los planteamientos alternativos.

¡Por supuesto que el construccionismo no es verdadero, o más verdadero que las demás alternativas! Pero esto no significa ni mucho menos que no dispongamos de criterios para decidir si merece la pena, o no, trabajar en una orientación construccionista. Nos quedan exactamente los mismos criterios que utilizamos para evaluar cualquier otro conocimiento después de haber abandonado el criterio de la verdad. Nos quedan los criterios de juicio acerca de su coherencia, de su utilidad, de su inteligibilidad, de las operaciones que permite realizar, de los efectos que produce, del rigor de su argumentación... en definitiva, no su *valor de verdad* sino su *valor de uso*, y su adecuación a las finalidades que asignamos, *nosotros mismos*, al desarrollo de tal o cual tipo de conocimiento.

A partir del instante en que nos percatemos de que no podemos hacer recaer sobre "el mundo tal y como es" la responsabilidad de decidir acerca de la validez de los conocimientos, de que no hay "trozos de lenguaje" que se "correspondan" con "trozos de la realidad", y en definitiva, de que los criterios de validez no están "fuera de nosotros mismos", ya no nos queda más remedio que aceptar lo que la ideología de la racionalidad científica moderna se ha empeñado en negar durante siglos, es decir, aceptar que esos criterios son plenamente *nuestros*. Y si son nuestros, esto significa que los hemos *construido* nosotros mismos mediante nuestras prácticas colectivas, y que son por lo tanto *relativos* a dichas prácticas y a las características de sus agentes.

Una última precisión para evitar malentendidos. El rechazo de la creencia en

la verdad no significa que se niegue la utilidad del concepto *práctico* de la verdad que informa nuestra vida cotidiana. Si la gente no tuviera un sentido práctico de la verdad, si no considerara, por ejemplo, que es verdad que uno no se puede tirar de un quinto piso y volar como un pájaro, que es verdad que si pone la mano en el fuego se quemará, o que es verdad que los nazis utilizaron campos de exterminio, pronto no quedaría físicamente nadie para preguntarse acerca de la verdad. Pero esta discriminación práctica entre lo verdadero y lo falso se asienta sobre las operaciones que posibilitan nuestra propia existencia en el mundo, no exige ningún principio trascendental que fundamente la verdad en otra cosa que no sean nuestras propias prácticas, simplemente humanas.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

Hasta aquí he hablado en términos muy generales, pero es obvio que todo lo dicho vale también, si acaso de forma aún más contundente, para las realidades psicológicas, su conocimiento y su construcción. En efecto, los seres humanos somos indudablemente *seres sociales* y resulta que cualquier cosa que sea adjetivable como “social” conlleva *necesariamente* una *dimensión simbólica* que la instituye como tal. El hecho de que lo social presiente siempre una dimensión simbólica implica que los conocimientos que producimos sobre los seres sociales revierten necesariamente sobre sus características puesto que afectan al magma simbólico que constituye en parte a estos seres.

Cuando los significados son *constitutivos* de algo, por ejemplo de los seres sociales, es obvio que un proceso que toma la forma de una producción de significados, por ejemplo la elaboración de conocimientos científicos, incide necesariamente sobre ese algo. Allí donde los significados tienen “eficacia casual”, crear o modificar significados se constituye en una actividad productiva de nuevas realidades.

Pero cuidado, cuando se afirma que el principal vehículo de significados, es decir, el lenguaje, es formativo de la realidad, no se está afirmando que la realidad sea de naturaleza lingüística, ni que sea suficiente con cambiar el nombre de las cosas para cambiarlas. Lo que se está sugiriendo es simplemente que la producción de conocimientos psicológicos tanto por parte de las personas en el transcurso de su vida cotidiana como por parte de los psicólogos en su quehacer profesional, contribuye a definir la realidad psicológica en el acto mismo de conocerla y hablar de ella.

En esta medida es obvio que el conocimiento de la realidad psicológica nunca es *inocente*, siempre genera efectos que van mucho más allá de sus aplicaciones deliberadas para transformar eventualmente esa realidad. Si cabe dudar, y yo lo dudo efectivamente, de que el conocimiento científico en general pueda pretender algún tipo de neutralidad, ni siquiera hay lugar para esta duda en el caso del conocimiento psicológico, ésta carece por completo de *neutralidad* y en tanto que

conforma la realidad que pretende investigar es claro que presenta siempre un carácter intrínsecamente normativo. La problemática de los valores aparece así en primerísimo plano y con ella surge de forma inescapable la cuestión del *compromiso*. Pero ya no se trata de un compromiso limitado al *uso* particular que podemos hacer de los conocimientos psicológicos, sino que plantea directamente, y de forma mucho más radical, la cuestión de cual es el tipo de conocimientos que *elegimos* producir. De esta elección va a depender, claro está, el tipo de realidad psicológica que vamos a contribuir a construir efectivamente, y esta es una responsabilidad de la que tenemos que ser conscientes en tanto que profesionales de lo psicológico.

Bien, está claro que lo que he hecho hasta aquí no es sino contar una historia. Una historia particular entre las otras muchas que se pudieran haber contado. Pero también está claro, que lo único que podía hacer era precisamente eso: contar una historia. Siento el mayor de los respetos por las otras historias que se podrían haber contado aquí, o que circulan en el mundo de los psicólogos, incluso cuando esas historias divergen notablemente de las que a mí me gusta escuchar o contar. Sin embargo, también me siento tremendamente molesto cuando escucho o leo una historia que niega serlo, aquellas historias que se presentan a sí mismas como un simple relato objetivo de la realidad, o, lo que es lo mismo, que pretenden ser la *única* historia legitimada por la verdad y la razón científica, y que conciben a todos los demás relatos como simples historias sin alcanzar a verse ellas mismas como tales. Saber que uno se limita a contar historias, y que algunas son simplemente más interesantes, más aceptables, más persuasivas o más dilucidatorias que otras y que uno no hace nada más que eso, es dar un paso decisivo para escapar a la “ideología de la representación” y a los señuelos de la Modernidad. Claro que esto nos aleja de la pretensión de poder emitir el discurso de la Verdad. Esto nos vuelve a situar como “simplemente humanos” y puede dañar la autoestima de quienes desean ser tan absolutos como los Dioses. Es sin duda un paso costoso.

En definitiva, es muy fácil y, aparentemente, muy gratificante no ser construccionista hoy en día pero quienes optan por la facilidad no saben lo que se pierden. Se pierden nada más y nada menos que el ser sencillamente, pero, plenamente humanos.

Este artículo contrapone la epistemología positivista nacida del pensamiento moderno con la derivada del construccionismo social, propia del pensamiento postmoderno. Analiza a fondo los cuatro mitos sobre los que se basa la epistemología positivista: el mito del conocimiento como representación, el mito del objeto, el mito de la realidad y el mito de la verdad y concluye indicando las aplicaciones para la psicología de la nueva epistemología constructivista.